

**CRISOL**

Revista de Crítica

Director

JUAN DE DIOS BOJÓRQUEZ

Suscripción anual . . . . . \$ 2.00

Apartado 1979. México. D. F.

Es una extraña supervivencia de la carne más allá de las puertas del cementerio, pero siempre del lado de acá de la vida. ¡Cómo recuerda esto la edad de los vampiros!

Por su *Nocturno*, por su *La espera inútil*, cuya última estrofa recuerda aquel fantástico cuento de la Pardo Bazán, *El hijo del muerto*, por toda esta provincia enamorada sopla el poderoso mistral de su genio. En *Coplas* canta: "Tengo una vergüenza—de vivir de este modo cobarde.—Ni voy en tu busca—ni consigo tampoco olvidarte". Y ese canto que repite en la última estancia me trae a la memoria aquel otro genio de la lengua inglesa, Laurence Hope, cuya alma procelosa ardió con todo el fuego y todos los aromas de la India, hasta el instante en que, muerto el adorado, como una viuda del Oriente—en donde vivía—listó la tumba del bien amado con el bullente riachuelo de su sangre. Pero Adela Florence, el verdadero nombre de Laurence Hope, conservó intacta hasta su muerte la maravillosa flor de su genio permaneciendo fiel a su destino, consciente de que la revelación de su alma de mujer era la misión de su genio sobre la tierra. Mudanza no hubo en ella, y sus tres libros de poemas son tres jardines de milagrosas plantas consagradas a Kama, a Eros, al Amor, tres nombres para el solo dios de su alma de mujer.

Eso, el dejar ver desnuda el alma en sus horas de pasión y de dolor, es lo que dió a Laurence y a Marcelina el supremo hechizo de su poesía. Eso fué lo que produjo aquel entusiasmo por la obra de la Mistral cuando, a través del Continente, con alas de laurel, volaban sus poesías apasionadas.

Tal era el elemento nuevo que aportaba la escritora a las letras de Hispano América: una alma tempestuosa de mujer desnudándose ante el mundo. Un mundo que ya no recordaba las nectarias estancias de las poetisas que escribían sus volátiles amores sobre inconsútiles pétalos de lirio. Era lo sustancialmente humano en su alma de mujer lo que seducía. El frenesí, el mántico extravío que le permitía prever su destino de lágrimas al primer encuentro del que junto a ella pasó cantando. Por encima de las muchedumbres se levantaba su hermosa cabeza de ménade coronada de hojas de encina.

Es verdad que sus voces sonaban con la entonación de conjuros cristianos, mas su virtud hechiceresca conservaba aún el antiguo acento de las encantadoras de Tesalia, a quienes la tradición quiere que Medea instruyera.

Su dolor, su angustia, su tortura vestían el traje del Santo Oficio y hablaban el lenguaje del ascetismo medioeval, pero le venían la pasión de amor y la locura de su vengativo afán de los sedimentos eozoicos de su ser. La Mistral había trascendido la medida ordinaria de la mujer; parecía venir de las orillas del gran río de la vida con un cántaro de profundidad en su pensamiento.

Por su obra más bella cruza una aura de

pesimismo. Nada lo justifica, porque quien sufre no tiene derecho al pesimismo. La sensibilidad que se returece en el dolor es la que se extasía en el deleite.

La dicha, como la concibió la Mistral, era cosa fugitiva, no ya por la experiencia de la fugacidad de todo cuanto tiene alas de ventura, de amor o de gloria, sino porque no habiendo el desdichado conocido antes la fortuna, esta hora de felicidad le hace dudar de cuanto tiene.

Los temas del dolor, del amor y de la muerte transparentan la luz de su genio. En los más de los otros sujetos, cuando al desenvolverlos recordó su profesión de maestra, se siente como rota una de las dos alas de ese su genio. Con la otra tan sólo rema y no se alza a buena altura.

Falta el omnipotente soplo espiritual en *Poemas de las madres*, en donde con la excepción de tres o cuatro toques de serena y bella luz, se destaca únicamente el breviarario de una fisiología de la maternidad, como si tal fuese la mayor y más trascendente maravilla del augusto misterio de la vida que se opera en la joven madre. Y afeó el poema inconsideradamente su misma autora con una nota explicativa al pie. Allí consta que la poetisa se sintió movida por un impulso de rehabilitación, es decir un propósito ajeno a la poesía mántica mejor avenida con la naturaleza de su genio, y puso en evidencia que sólo de un modo vicario había vivido el misterio de Lucina, la diosa de la luz, y de Levana, la que da el señorío de la tierra al hombre recién venido al mundo.

Para la poetisa—al explicar sus poemas—la santidad de la vida comienza en la maternidad. Y como aquí ya no porta la apolínea férula en la mano el crítico responde: no, la santidad de la vida principia con el origen de la vida, o con el florecer del amor, que generó la vida.

Cuando el fulgor de la inspiración se vierte en el alma del poeta cuantas bellas cosas dice esplenden con los orientes de la verdad que desciende de la altura. Como el artista, el crítico se deja penetrar por esa fuerza irrestistible, y es ésta, en la balanza de su juicio, el ¡ay de los vencidos! que la inclina en favor del inspirado. Cuando no, el crítico, recuperando su visión serena, juzga.

En toda la obra poética de la Mistral puede el crítico percibir que no sobresale el refinamiento artístico, que los recursos de la cultura literaria, histórica o filosófica aquí no prestan su concurso para impartir variedad a las concepciones de la escritora. Pero es esto mismo lo que nos da la medida

de la magnética fuerza del genio allí presente. Con un breve puñado de ideas en peregrinación de *vía crucis*, con penuriosa romería de vocablos el genio de esta mujer se elaboró una de las más bellas fiestas de América. Una fiesta en severo homenaje a Nuestra Señora de la Muerte y de las Lágrimas. Mientras mejor oyó la Mistral los acordes profundos de su ánima agitada por su sexo más dádivas recibió del genio. La poesía es más poesía cuando el poeta se abandona al divino influjo de su inspiración. Influjo que se cierne en torno de las palabras, dotándolas de un encanto que no yace en la célula central de su sentido; es algo así como esa película de niebla azul que apenas si se posa en la piel de las ciruelas y las uvas no tocadas por la codicia de mano alguna.

La Mistral impuso perspectivas de inmensidad a su exiguo léxico ahondando en la emoción: que asentándose sobre cráteres de volcanes hácese profundos los pequeños lagos. Algunos de sus poemas preludian ese conocimiento—que sólo el arte alcanza—de las cosas sutiles que están más allá de las cosas, como suspendidas de las divinas Ideas.

En esos poemas de *Dolor* ella hizo bellas las cosas tristes, maravillosas la que suelen los hombres mirar con horror o no querer mirar del todo. Sus visiones tienen la pasmosa realidad de los ensueños. Allí dejó congelados, para durar con la tenacidad de los cristales del cuarzo americano, sus mejores instantes de genio: emociones extraídas de una honda veta de algún arcaico farallón del alma humana. Nadie en nuestra América—que yo sepa, al menos,—había dado forma poética a esas emociones, a esas visiones, antes que ella. Aun parecióme a veces que en el vello de su nuca ha debido sentir esa mujer el soplo extraño de su genio tutelar al descender a su alma para desatar de ella las imágenes amadas y hacerlas pasar por entre las maquinarias torturantes de una Edad Media conventual y ascética.

¿En qué momento la deidad tutelar se retiró de su santuario? En este mismo libro *Desolación* hay no pocos trabajos en que es obvio que declinó su colaboración el genio.

Su poder de evocar la emoción, su pasional realismo, su nigromántica inventiva fueron helándose hasta cristalizar en ese intelectualismo, un tanto varonil, que se declara en sus escritos de los últimos años. Artículos en que se revela una simpática frecuentación de los escritores de Hispano América, un excelente espíritu de confraternidad continental en el que se percibe el balsámico olor del bosque de pinos en donde no ha mucho tiempo todavía hubo un incendio de resinas. Siente uno la ausencia del vigor del estilo de *Dolor*.

Y del arco del estilo parten todas las flechas apolíneas que dan su luz y su belleza al arte literario.

Roberto Brenes Mesén

Northwestern University.

Hágase de *Desolación*. Precio: \$ 5.00.  
Con el Administrador del *Rep. Am.*